

comunicación del señor vicerrector de ese colegio, de fecha 10 de los corrientes, de que los señores consiliarios y los colegiales actuales, en junta de la misma fecha, tuvieron el acierto de elegir una vez más a vuestra señoría ilustrísima Rector del benemérito instituto.

Agradeciendo a V. S. Ilma. la citada comunicación, le presento mis más sinceras felicitaciones por la designación extraordinariamente merecida de que ha sido objeto y aprovecho gustoso la oportunidad para reiterarle los sentimientos de mi mayor consideración y aprecio personal.

Dios guarde a V. S. Ilma. por muchos años,

† ISMAEL, Arzobispo de Bogotá.

\*

República de Colombia.—Ministerio de Educación Nacional.—Bogotá, noviembre 22 de 1944.

Ilustrísimo y reverendísimo monseñor José Vicente Castro Silva.  
L. C.

Para este Ministerio de la Educación Nacional y personalmente para mí ha sido motivo de singular complacencia que los honorables consiliarios hayan designado a su señoría ilustrísima para Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en el nuevo período que se inicia y según lo disponen sus estatutos. No creo necesario reiterar a S. S. I. las expresiones de afecto cordial y de admiración que le profesa el ministro y el amigo, porque son estos sentimientos de vieja data, acrecidos cada día por la colaboración generosa que S. S. I. ha concedido siempre a las determinaciones oficiales que importan a la vida del espíritu y a la concordia que el gobierno ha procurado sustentar y exaltar continuamente entre los buenos ciudadanos. Ni quiero tampoco recordar hasta qué punto la inteligencia y sabiduría de S. S. I. honran y esclarecen la cultura y la sociedad colombiana. Sabe monseñor José Vicente Castro Silva que para todo hombre de espíritu y de calidad son deuda incancelable los servicios que su Rector y el venerable y secular instituto del Rosario han prestado a la república.

Aprovecho esta oportunidad para manifestar a S. S. I., mis congratulaciones más sinceras y las seguridades de mi consideración más distinguida,

ANTONIO ROCHA, Ministro de Educación Nacional.

## DISCURSO DE CLAUSURA 1944

Por DARIO ECHANDIA.

*La Revista se honra publicando el magnífico discurso del colegial y catedrático que hoy desempeña la cartera de Relaciones Exteriores, por considerarlo una de las piezas más elocuentes y profundas que se hayan escrito en los últimos tiempos.*

Señor Ministro, Ilustrísimo señor Rector, Venerable Claustro, señoras, señores:

Para los hijos de esta casa —que la sabiduría edificó para sí desde hace siglos— esta fiesta de familia es una invitación al recuerdo y revive las horas más caras y risueñas de nuestra adolescencia espiritual.

Cuando al iniciarse en las arduas disciplinas, la mente joven se enciende de pasión por la verdad o se agita con el hondo desgarrero de la emoción estética, surge de ella un florecimiento comparable al de la tierra al comienzo de la estación vernal. Más tarde, después de que la vida ha pasado por esa inteligencia y trabajado esa sensibilidad, persisten indelebles los perfumados rastros de la primera floración al amparo de estas aulas insignes, y al rememorar los primaverales años lejanos, parece como si percibiéramos todavía algo de sus cálidos efluvios.

Pensaréis que debiendo esforzarme por cumplir de la manera menos indigna el honroso encargo recibido del ilustrísimo Rector, os estoy hablando, sin embargo, de emociones más íntimas, desde esta tribuna que aprestigiaron colombianos egregios por el saber y la elocuencia.

Pero quizás haya en esa grata rememoración sentimental mate-

ria de más peregrina y eximia calidad y que logre rescatarme por su misma nobleza, ya que no, ciertamente, por la habilidad o maestría con que haya de tratarla, del difícil cometido que acepté sin vacilación, confiado en la benevolencia que nace de vuestro no desmentido afecto fraternal.

Y analizando nuestro propio sentimiento podríamos preguntarnos: ¿cuál es el secreto de ese fortísimo lazo que nos ata a nosotros los rosaristas, con tan dura tenacidad y a través de vicisitudes tantas, a este colegio donde experimentamos los primeros entusiasmos y sufrimos los primeros desfallecimientos del ánimo, y donde nos amamantó la "nodriza hospitalaria de los mendigos del saber", de que habló el clásico.

Dos géneros de impulsos suelen mover a los hombres a las más nobles acciones: son ellos las ideas y los sentimientos. ¿Cuál de esos motores es el más eficiente? ¿Cuál el verdadero determinante de la vida y de la historia?

Pensad en algunas de las mayores hazañas cumplidas por el hombre en su afán de superarse, de alcanzar una etapa más alta en el orden material o en el del espíritu.

Recordad los pueblos maestros y directores del linaje humano, a quienes debemos el descubrimiento de un departamento de la ciencia, la intuición de una regla de la conducta o la ejecución de una imperecedera obra artística. ¿Cuál de esas dos fuerzas los ha empujado y sostenido en la vía de la investigación científica o ha espoleado sus bríos hacia la acción fecunda o excitado su imaginación creadora para realizar la obra de arte?

Pienso que ideas y sentimientos son a manera de cauces separados y paralelos por donde corren torrentes de vida que hacen con parecida y complementaria virtud, grandes a los hombres y a los pueblos, capacitándolos para acometer las empresas supremas. No podría explicarse el luminoso destino de la estirpe helénica sin aquel profundo sentido de la naturaleza que expresó en su incomparable mitología, para traducirlo luego en mármoles y poemas de serena perfección y radiante belleza. Pero tampoco tendríamos un cabal concepto de su genio creador si omitiéramos considerar el *logos* que se manifestó en las producciones gloriosas de la dialéctica platónica, la metafísica aristotélica o la moral estoica. El sentimien-

to activo y fecundo de lo bello se aunó por modo admirable con la penetrante inteligencia de las puras ideas, para forjar la más armónica cultura que se haya aparecido jamás sobre la tierra.

Sabéis que la vocación del pueblo romano reconoce también esas dos raíces convergentes. No fue sólo la concreta y aguda observación de las realidades sociales, ni la capacidad maravillosa de adaptar a ellas las fórmulas del derecho, lo que señaló a los latinos para siempre como maestros de la organización jurídica, sino que tan excelentes cualidades intelectuales fueron movidas por un profundo sentimiento de justicia, por aquel *bonum et equum*, que es a su técnica legislativa lo que la forma sustancial a la materia, o al cuerpo el alma que le presta aliento.

Pudiera multiplicar los ejemplos ilustres para mostraros cómo somos estimulados simultáneamente por las ideas y los sentimientos en el grande empeño de procurar nuestra propia perfección.

La edad en que vivimos parece caracterizarse por una tendencia casi exclusiva al intelectualismo. Buscamos afanosamente las verdades de la ciencia para aplicarlas a la técnica y queremos dominar la técnica para procurarnos el progreso material, para utilizar sus producciones en la satisfacción de las humanas necesidades y deseos.

La invención de las máquinas, el desarrollo de las industrias, el dominio del mundo físico, han vinculado la inteligencia contemporánea a la búsqueda ansiosa de las satisfacciones materiales. Nuestra inteligencia tiende a trocarse en servidora del placer. ¿Es ese un fin suficiente para la actividad intelectual del hombre, o debemos hacer un esfuerzo por conducirla hacia objetivos más nobles y trascendentales?

Para defendernos de esta concepción excesivamente utilitaria de la cultura deberíamos mantener al lado de la necesaria aplicación práctica de nuestra actividad mental, el hábito de aquellas disciplinas desinteresadas que han servido de base y cimiento a la civilización del mundo. Los latinos las designaron con la palabra *humanitates* acaso porque vieron en ellas el signo de nobleza distintivo de nuestra especie. Pero el humanismo no es solamente el aprendizaje de unas nobles y bellas lenguas que ya no se hablan, pero en cuyo conocimiento se ha creído durante siglos que residía la clave de las civilizaciones que generaron la nuestra, modelando para siem-

pre los rasgos esenciales del espíritu occidental. El concepto de humanismo es más extenso y más profundo. Las humanidades son una virtud que consiste en el gusto por formar pensamientos gratuitos y cumplir actos desinteresados, es decir, que no sean susceptibles de provecho material inmediato, de beneficio pecuniario, de remuneración precisa y calculable. En el Renacimiento el latín de Erasmo o de Bembo era un instrumento de las relaciones sociales, una lengua internacional que permitía a quien la conociera traspasar las fronteras de los países europeos desenfadadamente. Además, en esa época las lenguas modernas no habían producido todavía algunas de las obras maestras que las han acreditado como clásicas. No se habían escrito ni el *Quijote* ni las tragedias shakesperianas, ni los pensamientos de Pascal, ni los cantos de Goethe. El latín no es ya una lengua internacional y los hombres del siglo XX ya no saben manejar ese instrumento complejo y delicado y prefieren utilizar como lenguas universales, aquellos entre los idiomas vivos, que han alcanzado más amplia difusión.

Esto quiere decir que las letras humanas han dejado de tener un valor pragmático; pero lo que han perdido en el orden utilitario las ha realzado como puro medio de cultura y afinamiento del espíritu. Sólo que el concepto de humanidades se acrece continuamente. A la antigua definición sería necesario sustituir una que comprendiera todas aquellas disciplinas no susceptibles de aplicación útil inmediata.

El Colegio del Rosario, por razón de su instituto y por el querer de su fundador, tiene como uno de sus esenciales objetivos divulgar el conocimiento de las letras humanas.

Pero no hay que entender con ello que dentro de su espíritu no quepan aquellas otras disciplinas prácticas, las ciencias de la naturaleza, cuyos resultados pueden derivar hacia aplicaciones útiles y que ellas no hayan tenido en este instituto uno de sus más calificados hogares intelectuales en el país. Humanistas los ha habido insignes entre los que recibieron enseñanza en estos claustros. Pero en la cumbre más alta de su historia no se encuentra la cátedra de un maestro de artes ni la de un filósofo contemplativo, sino la de un genial cultivador de las ciencias naturales: don José Celestino Mutis. Y al lado de Rafael María Carrasquilla y Juan Manuel Rudas, brillaron

como astros en estas aulas Ezequiel Uricoechea y Liborio Zerda. Junto a los filósofos y letrados los físicos y naturalistas.

De poco hubiera servido, sin embargo, este aplicarse sus colegiales al estudio de la naturaleza o al noble ejercicio de las letras, si tal formación intelectual no hubiera sido guiada por una idea superior y general del mundo, por ese amor de la sabiduría, que dijeron los griegos, y que es cemento que liga y ajusta fuertemente entre sí los humanos conocimientos, elación suprema de la inteligencia insatisfecha de parciales indagaciones y limitados avances en el universo de lo desconocido.

El hombre busca, ciertamente, con la investigación científica finalidades edonísticas, trata de hacer mejor su condición material y de capacitarse para una vida más intensa y comprensiva. Pero persigue también una solución, siquiera sea hipotética o provisional, de las tremendas interrogaciones que desde el origen de los tiempos han asaltado su mente con insistencia trágica. ¿Qué soy, de dónde vengo, a dónde me dirijo?

Ved aquí unas demandas que superan el radio de acción de las ciencias positivas y que el intelecto humano no se resigna a dejar sin respuesta.

No creáis, sin embargo, que esa respuesta no ha de tener influencia sobre la conducta práctica de los hombres. Las ideas que se profesen sobre estos problemas ideales suelen poseer una estupenda eficacia en los dominios de la acción. Las filosofías que parecían más inofensivas por su exceso de abstracción se han revelado en la actual catástrofe universal como especie de explosivos capaces de arrasar de un golpe toda la cultura humana. Y es que determinadas ideas tienen sus inevitables derivaciones lógicas. Y la falta de ideas, el olvido de los principios, la repudiación de la regla moral, bajo el influjo de la pasión o el interés momentáneo, tienen también consecuencias activas. Los hombres se mueven por el impulso de las ideas que profesan con sinceridad y buena fe pero se determinan también, en un sentido negativo, por la falta de principios, de sentimientos morales, de reglas de la conducta. La eliminación de estos diques que se han levantado lenta y penosamente para contener el ciego torrente de las pasiones desatadas, y que constituyen lo que llamamos la civilización, entrega a los hombres y a las sociedades

a merced de los instintos ciegos y los conducen fatalmente a la destrucción y al caos.

Contra ese peligro que estuvo a punto de hacer naufragar ahora mismo como frágil esquiife, toda la cultura occidental elaborada en milenios, será necesario precavernos continuamente. La defensa contra él está al mismo tiempo en el cultivo de las ideas y de los sentimientos, en la disciplina superior del espíritu por el concepto y el sentido cristianos del mundo y de la vida.

El Colegio del Rosario fue fundado para enseñar la filosofía tomista. Cierta que muchos piensan que esa filosofía resulta hoy anacrónica y que un sistema desenterrado del bajo medioevo pudo parecer vivo en la Santa Fe de fray Cristóbal de Torres, pero resultará irremediamente fósil en esta edad de la aviación, el radio y los sindicatos. Pero no siempre es cierto que la tradición nos condene a ser inactuales. Hay tradiciones perpetuamente fecundas y de su seno pueden sacarse palabras de orden y luminosas explicaciones para los más agudos problemas de nuestro tiempo. Recordad, por ejemplo, la lapidaria definición de la ley en santo Tomás o su famosa doctrina del bien común. El objeto de la ley, del gobierno, el fin de la autoridad, es el bien de todos, no el provecho de unos pocos. La ley debe ser racional, debe ser social. No el fruto del prejuicio ni de la pasión desbordada sino el de la razón serena; debe inspirarse en el bien común, es decir, en el de todos o en el de casi todos, y no en el del menor número o en el de unos pocos. Y hay un criterio cristiano para apreciar y medir ese bien común.

Y es que no basta que la ley sea justa; es necesario también que se inspire en el precepto de la caridad universal: su función no es simplemente negativa sino activa; no tiene sólo como finalidad conseguir que los asociados no se hagan daño sino, además, que se ayuden positivamente los unos a los otros, que los más afortunados acudan con algo de lo que les tocó en suerte en socorro de los más menesterosos, que se estreche por medio de la ley la unión de los hombres, no por el imperio de la violencia de los unos sobre los otros, sino por el influjo de la caridad que suma sus esfuerzos y estrecha sus vínculos sociales.

Contemplad esa enseñanza básica de la armonía social que resulta de la justicia unida a la caridad. Porque el precepto evangé-

lico del amor al prójimo obliga a cada hombre a socorrer a su semejante, y su semejante es el hombre de cualquier país o raza, porque el mandato cristiano de la caridad es universal. Todas las leyes y prescripciones que se hacen con el intento de regular la vida social dentro de un país o en el concierto de las naciones, tienen como último y supremo fundamento esta idea de la solidaridad entre los hombres. ¿No os parece que este lenguaje del fraile de la Edad Media tiene una actualidad palpitante? Para mí que la tiene por lo menos tanta como la de otro filósofo, este sí contemporáneo, que dividía la moral en moral de los amos y moral de los esclavos y abogaba en favor de la primera, la del superhombre, la de las razas superiores que desprecian todas esas pretendidas virtudes encaminadas a defender a los esclavos y a perpetuar las razas inferiores. Esas virtudes de esclavos son la piedad, la paciencia, la humildad, la benevolencia, hábitos que son el peor enemigo del hombre superior y conducen a la degradación de las estirpes europeas y estorban el advenimiento del *Übermensch*. ¿No os parece que esta filosofía de la violencia también resulta ahora de una dramática actualidad?

La economía política clásica creía que el mundo, la sociedad organizada, eran algo así como un cúmulo de mercancías circulantes. El fin de la sociedad era producirlas, ponerlas en circulación, repartirlas y consumirlas. Los hombres, para esa extraña ciencia, aparecían como instrumentos destinados a ayudar a producir mercancías y a consumirlas para impedir su depreciación, o a lo sumo eran como apéndices de las máquinas que producen en serie las mercancías.

A fines del siglo último un judío alemán desterrado en Inglaterra hizo un descubrimiento desconcertante: descubrió que en las sociedades organizadas además de mercancías hay hombres y que éstos no están destinados al servicio de aquéllas sino, verosímilmente, a lo contrario. Pero dijo más: dijo que lo principal en las sociedades no es la producción, la circulación y el consumo de las mercancías, sino la lucha de los hombres que las poseen contra los que quisieran poseerlas y que se sienten con derecho a ellas, porque han contribuido a crearlas con su trabajo. Este peregrino descubrimiento produjo tremenda conmoción. El mundo es un campo de batalla en que los hombres se acometen para decidir por la violencia

quién ha de poseer las mercancías. La guerra de los no poseedores y los poseedores será perpetua. Y entretanto, ¿qué se hizo la solidaridad humana?, ¿qué fue del precepto del amor al prójimo como a nosotros mismos? ¿Qué de la idea de la caridad como complemento de la justicia?

En cambio, el fraile medioeval decía que el trabajo es el factor determinante de la riqueza y que el hombre que trabaja tiene derecho a percibir como remuneración de esa labor lo necesario para sustentarse; que, en consecuencia, la cuantía del salario se mide por la necesidad que tienen los trabajadores de vivir; y que, por tanto, su determinación no queda a la simple conveniencia de los que hacen el contrato de trabajo, ni al solo concepto de la utilidad privada, sino al criterio de la utilidad y el bien comunes.

Ved, pues, cómo es menester un pensamiento filosófico y moral que unifique nuestras experiencias; pero un pensamiento que se traduzca en acciones, que sea creador y operante. Necesitamos hombres que tengan fe en la eficacia de las ideas, en el papel dominador de la inteligencia, que sepan poner en ejecución sus convicciones. Lo que pretendía fray Cristóbal de Torres para sus colegiales no era solamente la cultura del intelecto sino también y, sobre todo, la del corazón. Aquel que no es capaz de una actitud seria delante del mundo no lo será tampoco de la visión profunda del mundo y de la vida, característica de la verdadera cultura.

Necesitamos hombres con convicciones activas, que no sean frías abstracciones intelectuales, sino que estén caldeadas por el humano sentimiento que las impulse a convertirse en actos.

Necesitamos cristianos verdaderos y actuantes. Si el cristianismo costó el precio infinito de la sangre del Redentor, ¿qué mucho que quienes pretenden obrar como cristianos paguen por ello el precio de algunas de las satisfacciones superfluas de la vida cómoda?

Necesitamos luchar sin tregua contra las fuerzas oscuras del desorden y el caos. Ellas son la resultante natural de la deficiencia en las ideas directrices, de la falsedad de los sentimientos bajo cuyo influjo se pretende obrar. Lo primero es tener una convicción sincera y dejarse guiar por ella. Lo que sigue es saber ser fieles a esa convicción.

Este vetusto Colegio del Rosario ha representado y debe seguir

representando en Colombia un sistema de ideas y sentimientos que se han traducido en acciones fecundas. Los siglos han pasado, las escuelas, los sistemas de gobierno, pero la fábrica de Cristóbal de Torres se ha sostenido contra la acción demoledora del tiempo, contra los desfallecimientos de los hombres y los embates de las pasiones. Es porque está defendida por la gratitud y el amor de sus hijos.

Y así seguirá. En los años oscuros de la colonia fue luminaria encendida por un vidente que se adelantó al tiempo; en vísperas de la guerra emancipadora brotó de aquí la chispa que iluminó la inteligencia de Caldas y de Torres, que encendió los corazones de Girardot y D'Elhuyar. Durante nuestra atormentada existencia republicana, todas las zozobras, las esperanzas todas del pueblo colombiano se han reflejado en esta ciudadela de la inteligencia y el sentimiento patrios.

Su eficacia como elemento creador y mantenedor de la nacionalidad consiste en eso; en que no es un laboratorio impasible de sistemas o abstracciones sino un organismo vivo que palpita al unísono con el corazón de la patria. Su enseñanza ha trascendido por eso siempre con decisiva eficacia a la vida misma de la nación y a su conducta colectiva.

Es preciso que semejante influencia bienhechora siga manteniéndose como se ha mantenido por siglos. A vosotros, jóvenes colegiales y convictores, que me escucháis, os entregamos vuestros mayores ese encargo que cumpliréis simplemente con la decisión tranquila de pensar, de sentir y obrar como colombianos y rosaristas.

Vosotros sois el presente y el porvenir con una fuerza todavía intacta, con un impulso de alcance ilimitado. Estáis comenzando a vivir. Pero en realidad continuáis una vida que lleva delante de vosotros siglos de duración. No podéis renunciar, aun cuando lo quisierais, a esa herencia ponderosa. Hace poco en este mismo recinto, el ilustre rector que lleva con noble prestancia la tradición preclara de sus antecesores, decía a los jóvenes que acababan de ser investidos con la colegiatura, que en ese acto les entregaba la antorcha del futuro, aquella antorcha perenne con que los griegos simbolizaron la solidaria cadena de las generaciones unidas por el dolor y la esperanza. Otra vez, hace de ello muchos años, cuando yo me sentaba en esos mismos bancos estudiantiles, el hombre ex-

traordinario que regía con gloria los destinos de este instituto, en ceremonia semejante a ésta, nos invitaba a los colegiales de entonces a tomar posesión del porvenir. Permitidme que yo haga una sola de esas dos admoniciones, y que os incite a alumbrar con la antorcha sempiterna de los principios vuestros pasos hacia ese porvenir que se os ofrece, no como paraíso de deleites, sino como campo de luchas por hacer una patria cada día más clara por el fulgor de la inteligencia y el sentimiento operante de la justicia y la caridad cristianas.

## DISCURSO SOBRE LA EDUCACION

Del Dr. ANTONIO ROCHA, Ministro de Educación Nacional,  
colegial, catedrático y consiliario de este Colegio Mayor.

Señores directores y profesores:

Presento a ustedes mi saludo más atento y les doy las gracias por su presencia en esta reunión. Estoy seguro que las conversaciones y estudios que aquí van a hacerse serán sumamente provechosos y darán cabal respuesta a los problemas urgentes y de más entidad que importan a la enseñanza y a la educación nacionales.

Deseo reiterar este término de nacional, porque, como diré luego, implica el principio fundamental y el criterio que nos permite juzgar con acierto el sentido de nuestras actividades y de nuestros proyectos.

Yo me pregunto, ¿cuál es el propio y verdadero fundamento de la enseñanza; cuáles son el sentido y la materia de la educación que vamos a dar a las gentes colombianas, que la sociedad y el Estado nos confían? La tarea por realizar es sobremanera noble, delicada y decisiva. Ustedes son los maestros de los maestros que han de plasmar enormes masas humanas y que van a adoctrinar innumerales inteligencias, en tal modo que, en realidad, podemos decir que el objeto de nuestro cuidado debe medirse por generaciones enteras.

Muchas razones hay para hacer el elogio justo de la vida de los maestros. Todos ustedes son personas desinteresadas hasta el estoicismo y en cada uno arde un fuego de entusiasmo y de amor por la función que desempeña. Empero, me parece aún más cordial que un aplauso y más conveniente para unos y otros, con el fin de hacer más fecunda y ceñida a términos precisos nuestra labor, un examen crítico de la actividad del magisterio normalista. El gobierno espera mucho de ustedes y cree en la alta calidad de sus inteligencias, de